

LIBROS

El rescate de Rafael Dieste

Si la memoria literaria fuese correcta y no estuviera regida por tan caprichosas razones, el nombre de Rafael Dieste tenía que haber sonado mucho estos años atrás, cuando descubrimos el universo alucinante de los relativistas latinoamericanos. Dieste, gallego (Rianxo, 1899), nacido al filo del siglo, es un escritor raro, medio nómada, periodista bilingüe, fabulador extraordinario y dotado de una pluma —estoy por decir de una péndola— inimitable, cuya vida ha dado para casi todo. Emigrado muy joven a México, volvió a España, a Galicia, donde colaboró activamente en la brega de los buenos tiempos galleguistas. Estuvo en la guerra de Marruecos, en Francia e Inglaterra, fue lector en Cambridge, editó «Hora de España», trabajó en las «misiones pedagógicas» y, como resulta fácil deducir de todo ello, emigró hacia el 40. Su obra abarca muchos géneros y ha permanecido celosamente velada hasta ahora, en que se inicia el rescate con la publicación de sus *Historias e invenciones de Félix Muriel* (Alianza Editorial, col. «Alianza Tres», número 5).

El presente libro de relatos está escrito en 1943. En esa fecha tenía ya Dieste del relato una concepción abso-lutamente próxima a la que luego han perfilado los maestros del género. El relato como contrapunto ligero de una narrativa casi extenuante era algo así como una novela en flete que introducía de contrabando dos novedades: la redención alegórica del argumento y del lenguaje literario. La «rup-

tura insuperable entre el héroe y el mundo» era disimulada en el relato bajo la apariencia de arbitrariedad y el carácter aparentemente lúdico de la escritura; el argumento heroico se hacía añicos, brizado en el azar del juego, y el héroe cobraba un perfil de irrealidad subrayado por la alegoría. Y, sin embargo, no parece dudoso a estas alturas que el relato era un empeño muy legítimo y sistemático de «recuperación», sólo que tramado desde una estrategia guerrillera y resuelto en una táctica de asaltos fugaces y de ejecución deslumbradora.

Ese es el secreto de las «Historias e invenciones de Félix Muriel». La historia de Félix va tomando cuerpo, va recobrando pergeño entorizo en las historias que lo mantienen en meditada penumbra y velan su imagen sabiamente para recalcarla. Es un protagonismo casi fantasmagórico, y sin embargo, muy auténtico, dosificado e impuesto poco a poco a la memoria cautivada del lector. Dieste lo procura cultivando un ambiente en cierto modo misterioso, en el que se acumulan los elementos de prestigio, especialmente los de carácter mágico. Cada trazo, cada línea, van sombreados por un imperceptible difumino que trastorna la realidad —y no pocas veces hay en ello una deliciosa ironía—, que le confiere una extraña profundidad, que le prestigia, conservando, no obstante, la más ingenua simplicidad. De este modo, las leves historias de Félix Muriel van fraguando un argumento indecible, y su mundo, hecho añicos, termina, como en las fábulas pintadas por Botticelli, cobrando una prodigiosa unidad.

Sin embargo, la secreta maravilla de la obra de Dieste reside, a mi entender, en su lenguaje. Dieste confía la eficacia del relato a un lenguaje perfecto y simple, artesanal, minucioso, recamado en líneas acrobáticas, pero simplísimas. Es un habla deliberada e irónicamente



Rafael Dieste.

te arcaica, o, mejor, arcaizante, de indudable proge proge barroca, muy inspirada en sus recursos y efectos en la narrativa clásica, que sabe incorporar, sin embargo, los elementos actuales precisos. Resulta preciosa la manera con que van disueltos los elementos coloquiales de su lengua gallega en un contexto castellanoizado que recuerda insistentemente a Cervantes, así como Borges, pongo por caso, nos trae a la memoria el oficio gracioso o el recuerdo de Saavedra Fajardo. Pero en Dieste no se trata sólo de que recuerde el modelo barroco. El tono historial, la riqueza de vocabulario, la precisión del arcaísmo, los efectos sorprendentes de una adjetivación reprimada, etcétera, son otras tantas pruebas de que el autor domina aquella manera de escribir, y la ejecuta desde dentro de sus supuestos literarios, con independencia de que tal ejecución suponga en sí misma una ironía silenciosa. Dieste es un clásico varado en la bajamar de la evolución literaria que no renuncia a ejercer su bien aprendido oficio, pero que se da cuenta, de sobra, de lo que significa el arcaísmo. En este

sentido, el trezado de los elementos gallegos en el tejido castellano de su prosa recuerda los intentos de Valle —a quien Dieste entendió agudamente, como muestra un texto hace poco exhumado por José Esteban— y creo que supera a la mayoría de los autores que han intentado esa operación.

Volviendo al contenido de los relatos, hay que señalar el mérito de una fabulación montada casi en el vacío. La inicial banalidad de los temas va cediendo a la industria con que el autor levanta en su alrededor una mágica atmósfera que en cierta manera asume el protagonismo o lo comparte con Félix. Ahí está la diferencia con el planteamiento novelesco puro e incluso con la técnica del cuento. Se trata de rodear el tema —como en el relato «La peña y el pájaro» enseña el eremita a Félix—, de acosarlo con asaltos y maniobras rápidas de disuación. Es como una técnica de desgaste cuyos resultados se van acumulando a medida que el lector se acostumbra a zafarse del «prejuicio temático», como decían los críticos de antaño: «Cuento estas fantasías —dice Dieste— porque algún

zumo de verdad contienen, al menos de la que hace falta para entender algo por sus consecuencias...».

Hay, por último, un elemento curioso en estos relatos, y es el uso de cierto filosofismo, en el buen sentido, indudablemente enderezado a cultivar el clima de prestigio de que hablábamos antes, y en el que, desde luego, las posibilidades de juego irónico son muy grandes, en especial para quien, como Dieste, disponga de una familiaridad más que mediana con la filosofía y su manejo. Pero sobre todo ello está el talento y la capacidad totalizadora que son precisos para reunir tantas y tan leves piezas en el mosaico deslumbrante que Dieste consigue urdir al hilo de una expresión insospechada, verdaderamente magistral. Este libro de Dieste —escrito, hay que repetirlo, en 1943— descubre una cara oculta de la narrativa española, una senda, abandonada quizá, por la que luego han transitado en triunfo —justísimo muchas veces— otros peregrinos que no siempre serían dignos de atarle las sandalias a nuestro autor. Cosas que pasan y que pesan, aunque vanamente, en una estimativa formada en los catálogos, tertuliana y solapera. Por eso puede que esta oportuna reedición haga justicia a un escritor impar, que se adelantó a muchas cosas y que escribe con un esmero y una sabiduría de los que ya no se gastan. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARTIN.

Nueva idea de las dos Españas

En 1914 estalló la guerra mundial, que, desgraciadamente, iba a ser la «primera» —porque su falta de carácter resolutivo produjo un cuarto de siglo después la segunda—, y España se declaró oficialmente neutral. Pero los ciudadanos españoles no lo fueron, al menos en lo opinable: se dividieron inmediatamente entre aliadofilos y germanófi-

los. Otra vez las dos Españas, y correspondiendo también en gran parte a la otra división: los españoles demócratas, liberales, izquierdistas se afiliaron a la causa de las potencias aliadas, y los conservadores, autoritarios y derechistas, a la de la Alemania del Kaiser. Las polémicas fueron largas y apasionadas. Es una época que relata en su nuevo libro, «Francófilos y germanófilos», Fernando Díaz-Plaja (1). Título que podría parecer incompleto, puesto que «francófilos» se refiere sólo a una de las naciones comprometidas en la guerra, pero bastante real, porque era sobre todo Francia, y su leyenda y su mito republicanos y hasta revolucionarios, y su enorme influencia cultural e intelectual, lo que en mayor parte pesó sobre los aliadofilos españoles.

Fernando Díaz-Plaja tiene la virtud de soportar su profundidad profesional y erudita bajo una forma de narrador, de observador, de anecdótico, que le hace enormemente legible y capaz de colocar en la lista de «best-sellers» sus libros. No escapa a esta virtud su nueva obra. La época está, sobre todo, descrita: aparece en sus textos genuinos; naturalmente, intelectuales de todo peso fueron los grandes protagonistas de esta división, y sus escritos eran tomados por artículos de fe por sus seguidores, aunque la realidad es que convencían ya a convencidos, y probablemente, las grandes plumas no llegaron a capturar más prosélitos para su causa que los que lo eran ya de antemano. Como suele pasar. Pero Fernando Díaz-Plaja engarza admirablemente los párrafos de su abundante hemeroteca y biblioteca, los contraponen unos a otros, explica la personalidad de sus autores. Explica incluso por qué razones personales alguno de los es-

(1) «Francófilos y germanófilos», Fernando Díaz-Plaja. Col. «Imágenes históricas de hoy», Ed. Dopesa. Prólogo a la colección de Robert Saladrías.